

# La C.N.T. y el federalismo de los pueblos de España

Ramon Liarte

*Producciones Editoriales, 1977*

*El libro cuenta con un Prólogo de Federica Montseny*

[49]

Supondría un error garrafal ir a la eliminación de las regiones. Urge y sin pérdida de tiempo, descomponer el nacionalismo cerrado, enemigo de los fueros populares. Porque el Estado unitario, dondequiera que ha levantado su cabeza de hidra, no ha hecho más que desatinos: domeñar la conciencia del hombre y empobrecer la cultura. Por ser federalistas, nuestra es la idea de la unión de los pueblos de Europa. Mucho antes que los políticos actuales, partidarios de *la unidad de las patrias*, los internacionalistas libertarios lanzaron la doctrina del federalismo sin galones ni entorchados, cuyos principios han de sostener la asociación que se está gestando.

Hay que dar a cada cual lo que es suyo para que lo engrandezca y embellezca. La unión en la diversidad engrandece y fecunda, mientras que el unitarismo produce la decadencia más espantosa.

(...) Lo federal en sí no lo dice todo, ya que hay Estados unitarios, absolutistas, democráticos, liberales, concentracionarios, totalitarios. El nombre cambia, el resultado no. Ciertamente es también que existen Estados federales. Las tres formas de Estado que aparentemente se presentan como más soportables son la liberal, la democrática y la federal. Sin embargo, a fin de cuentas, el Estado, cualquiera que sea su naturaleza, es arrollador e injusto. Las diferencias entre los diversos Estados son tan insignificantes que apenas se matizan.

(...) Queremos el municipio libre para practicar la democracia verdadera, restableciendo la libertad, asegurando el disfrute igualitario de los bienes, colocando a cada hombre en su lugar apropiado para hacer obra común para el mayor bien de todos. El federalismo es un puente entre el pasado y el presente, para que avance la libertad futura.

No hay nada más fascinador que la variedad de las cosas, así en el orden vegetal como en lo concerniente en las ideas. Si cada uno por separado tenemos fuerza, al estar unidos no sólo la multiplicamos, sino que la hacemos indestructible. Se obtiene unido lo que no se alcanza separado y dispersos. Mas la unión no debe disminuir; ha de acrecentar lo que cada uno desea continuar siendo.

Por naturaleza y sentimiento el federalismo es creador.

(...) Siempre el Estado central talando los árboles más frondosos y productivos del federalismo popular. Es una fatalidad que haya de existir un Carlos V, un Thiers, un Bismarck, para destruir desde arriba todo cuanto los pueblos defienden en buena lid.

(...)

[54]

(...) ¿Qué es la España auténtica? La culminación del federalismo. Municipio nativo creado por Castilla; municipalismo rural del País Vasco; ciudadanía libre de Navarra; pacto comunal y colectivista en el Aragón entero e íntegro, proclamando que el sol y el aire, la tierra y el agua, el trabajo y su producto son patrimonio de todos, absolutamente de todos.

(...) Una tradición de hondo arraigo en la vida de los pueblos representa el municipalismo federalista, continuamente avasallado por el despotismo «ilustrado». ¡Comuneros de España! Esa y no otra es la carta magna de la conciencia peninsular. A su avance regenerador se ha interpuesto sistemáticamente el ejército imperial, con sus manadas de buitres. En Olías y Toledo los comuneros pierden fuerzas aguerridas defendiendo los derechos del concejo. El cardenal Adriano, regente de Castilla, derrota a los comuneros. Carlos V paga el precio de tamaña represión, elevándolo a papa. La rebelión comunera se rebela contra Adriano VI, però cae sofocada nuevamente, y la esposa del inmortal Padilla, María Pacheco, tiene que huir a Portugal para salvar su vida puesta a precio.

Los campos de los proscritos son cubiertos de sal, llenos de piedras, para que simiente alguna no sea depositada en ellos. Carlos I de España y V de Alemania promulga en Valladolid un perdón general, no sin antes haber asesinado a los comuneros más caracterizados y excluyendo de la «gracia real» a 300 de ellos.

¿Qué no decir de las Germanías de Valencia? El hundimiento de los agermanados valencianos al mando de Juan Caro es otra derrota de las fuerzas populares. Primero se puso fin a la rebelión comunera de Murcia y más tarde, con la ayuda del duque de Gandía, las tropas imperiales entran a saco en el reino de Valencia. Corren la misma suerte Alicante, Orihuela, Aspe y Elche. Las indomables Játiva y Alcira en unión de la germanía de Mallorca prosiguen la lucha, mas tienen que rendirse...

¿Quién no recuerda las lecciones espartanas de Italia con sus ciudades libres, abriendo las puertas de par en par al resurgir esperanzador de lo nuevo? Desarrollo magistral de la cultura, apogeo del trabajo artesanal, emulación de labores en las artes y oficios y crecimiento de actividades en todas las disciplinas del esfuerzo creador. Estupendas federaciones de profesionales y municipios en la culta Finlandia, en Rusia, en Polonia, en Holanda, en Bélgica, en Alemania y en Suiza. Quienes hayan tenido la suerte de estudiar las Cartas finlandesas de Angel Ganivet, la mayoría de ellas guardadas en la biblioteca de la cárcel de Granada, comprobarán el desprendimiento de unos hombres que no merecían el polvo de la infamia, sino la dicha de la verdadera victoria. Pero ni la soledad ni la tristeza pueden empañar el brillo de las nobles ejecutorias.

La corona de León, Asturias, Galicia y Portugal, de raigambre visigótica, es unitaria e imperial, extendiendo su poderío a Extremadura, Tledo, La Mancha, Andalucía y Murcia. No puede negarse que Castilla, tierra elegida por el Estado unitario, tiene una gran condición federal. N tdooo son espadas y cuchillos. La gloria de las herramientas de trabajo es castellana. Estudiando el pasado multiforme de la antigua Castilla, se nos presenta como cuna de la Confederación de Repúblicas que, por desgracia, no llegaron a endurecer en el territorio castellano. Es un honor recordar que la auténtica Castilla fue la de las comunidades independientes nacidas del alma del pueblo. Y así son los fueros y las costumbres de nuestras hermosas regiones. Si a esta riqueza jurídico-administrativa agregamos los tesoros morales del País Vasco, Cataluña, Valencia, las Islas Baleares, semilleros federales y libres, tenemos motivos sobrados para estar orgullosos de nuestra historia federal, una de las primeras y más antiguas que se recuerdan y conocen.

(...) Se trata de vertebrar España de acuerdo con su constitución natural. Los artificios son vanos y estériles. Lo normal y cuerdo es formar un continente poblado de pueblos soberanos, de tal manera que lo individual, es decir, los pequeños pueblos y ciudades, no sean maltratados por los más fuertes y duros. La leyenda comunera alcanza proporciones extraordinarias. Se ha intentado desmerecer y

calumniar a quienes tratan de establecer su convivencia fuera de la órbita centralista. Pero la maledicencia autoritaria no ha conseguido sus propósitos fedandos.

Las instituciones del arcaico Estado español siguen en pie. No han sufrido modificaciones más que superficiales. Es la vieja España vestida con el traje concentracionario contemporáneo.

(...) Los que no esperamos nada del Estado, debemos propiciar como regla social para hacer un planteamiento formal de nuestros asuntos, los siguientes principios unidos a cuantos tiendan a mejorarlos:

Erradicación del Estado unitario.

Independencia civil y ciudadana.

Lucha contra la oligarquía reinante.

Desmantelamiento de la plutocracia.

Guerra a la autarquía y paz a los hombres.

Defensas y protección del municipio libre.

Autonomía popular y administración de las cosas.

Federación de Autonomías Ibéricas.

Confederación de los pueblos de Europa.

Paz y concordia entre continentes federados.

Una nobleza existe: la de los buenos actos. Si hay una aristocracia pura es la del trabajo, la cultura y la inteligencia. Honradez, laboriosidad y virtud. Hombres libres y pueblos autónomos unidos en la Confederación elevando la libertad y la igualdad a los últimos restos de la esclavitud. (...)

[81]

(...) La España unitaria y católica ha sido permanente valladar a las autonomías locales, comarcales y regionales. No hay una Península federada porque el centralismo de carácter cesarista ha roto la unión filosófica, político-social y económica de los pueblos de Iberia. Los hombres libres deben entenderse por encima de centralismos opuestos a su propia personalidad. Las regiones no deben pedir, sino conquistar, lo que necesitan para expansionarse y hacer una vida nueva.

Nuestros pueblos desean separarse de la injusticia centralista, ya que son opuestos a la opresión mantenida y alimentada por el poder único. Quieren la autonomía que empieza por el individuo, que adquiere cuerpo social en la familia, que tiene fuerza en el sindicato y que halla en el municipio libre la expresión más viva de la conciencia popular.

